

TATSUO MIYAJIMA

Coordenadas del tiempo

Galería Javier López

Manuel González Longoria, 7

Hasta el 16 diciembre



Cada día más imbuido en el budismo y preocupado por reflejar en todos los aspectos de sus obras la trascendencia del particular despojamiento ensimismado que supone, el japonés Tatsuo Miyajima (Tokio, 1957), ha hecho del tiempo y su medida asunto principal de las investigaciones que lleva a cabo desde que saltara a la palestra internacional a mediados de los ochenta.

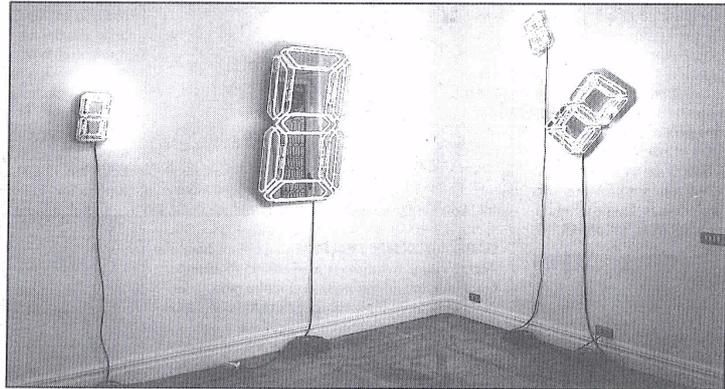
A partir de entonces, el nombre de Miyajima queda indisolublemente ligado a los contadores digitales de distinta forma, velocidad y formato que han llegado a convertirse en característico sello de su firma, y emblema de las elucubraciones del artista, consiguiendo concentrar en ellos, de manera conceptista, toda una poética del tiempo que hunde sus raíces en las añejas tradiciones nacionales niponas, así como en su milenaria cultura: «El

budismo es una religión sobre el tiempo», asegura él.

Desde que a finales de 1987 construyera el primer contador, cuyo elemental mecanismo consistía en avanzar del uno al nueve para volver a empezar sin fin (Miyajima evitaba místicamente el número cero por la imposibilidad de su concepción numérica para los orientales), esta piezas han explorado cada vez con mayor complejidad técnica y simbólica la combinación de secuencias numéricas progresivas –ascendentes y descendentes–, mediante las cuales se intenta aprehender la dramática naturaleza inasible de esa coordenada fundamental a nuestra conciencia que es el tiempo, por medio de su silente puesta en escena.

Sin embargo, ante la cada día más variada formulación de sus reconcentrados intereses, con una presentación de aire hig-tech (neones de vivos colores, espejos reflectantes, ritmos e intermitencias sincopados, etc.), las enseñanzas del budismo milenario se diluyen en una animada «Merienda de locos».

Como aquella a la que asistió Ali-



Poética de colores y neones. Fotografía del trabajo del artista japonés Miyajima

cia en el frenético sucederse de sus maravillosas aventuras, encadenadas unas a las otras por una falta de lógica (como el cero que en la secuencia digital se escamotea), después de que desde las primeras líneas de su relato se topara con el Conejo Blanco que, en sus prisas,

ni siquiera pudo detenerse a saludarla: «No hay tiempo, no hay tiempo, no hay tiempo». En la famosa escena de la merienda, la pequeña protagonista se adentrará en los misterios del Tiempo de la mano del Sombrero Loco, auténtico experto en su relatividad

pisco y fenomenológica, quien reconoce, como podría hacerlo Miyajima: «El tiempo no quiere saber nada conmigo y se ha detenido para siempre en las seis de la tarde».

Óscar ALONSO MOLINA